

acompañan à la virtud, se allanan quasi por sí mismas, y se la hace suave el yugo del Señor, porque el mismo Señor la sostiene. Dichosos aquellos, à quienes Dios se digna dilatar así el corazón, y darles à gustar su verdad, y su justicia! Pero también es peligroso, que la complacencia, que se siente en aquellas prosperidades espirituales, no sea demasiada; que la fidelidad, que se tiene, no sea un poco interesada; que no se ame el dón de Dios, tanto como à Dios mismo; y que el placer, que se halla en el obrar el bien, no sea una parte de la recompensa, que se ha de tener por haverlo executado.

Por el contrario, hay un fervor de resolución enteramente espiritual, que hace, que se acerque uno à Dios, aunque le parezca, que se aparta. Sientese todo el peso de la Cruz, y no se deja por eso de llevarla con paciencia. Hallanse à cada momento muchos obstaculos; pero también hay en el fondo del corazón un valor sin presunción, y una fuerza secreta, que los vence. No se tiene la ternura de la devoción, pero se siente en sí la seguridad, y firmeza. Estado mas aspero, pero mas perfecto para las almas fieles; porque son mas conformes à Jesu-Christo crucificado, por quanto por allí buelven à entrar en un conocimiento mas profundo de su nada, y de su miseria; y porque el amor nunca es mas grande, que quando estando privado de todo alimento, se alimenta en alguna manera de sí mismo, y subsiste en el fondo del corazón entre aquellas tibiezas, y aquellas obscuridades, que le rodean.

Theresa, pues, supo mantenerse en estos dos estados de fervor: ¿Qué progresos no hizo ella quando Dios la dió à gustar aquellas dulzuras, y aquellas delicias sobrenaturales, que son los efectos de su bondad, y de su amor? Ningun trabajo podia bastar à su zelo, ningun dolor podia apurar su paciencia. Su obediencia estaba expuesta à la prueba de los mas austeros preceptos. Los ejercicios mas viles de la Religion la parecian demasiado hon-

honrosos. Las gracias extraordinarias, que recibia, no hacian, sino aumentar su humildad. No temia ella ser desgraciada, sino ser ingrata. Los trabajos, que Dios la embiaba se le hacian dulces, porque satisfacía à su justicia; y los favores, que recibia, eran para ella una especie de suplicio, porque temia abusar de sus misericordias, de que se juzgaba indigna. Y así jamás pidió à Dios, que la favoreciese, sino que se dignase sufrirla, y haviendosela escapado un dia (hallandose en una grande sequedad) el pedir al Cielo, que la embiase una gota de rocío, y un poco de consolacion, se reprehendió à sí misma esta flaqueza, como poco conforme à la humildad, y à la constancia christiana.

No fue menos circumspecta, ni menos fervorosa en la tribulacion. Jamás hubo alma, que pasase por pruebas tan largas, ni tan sensibles. ¿Y podré yo representaros aquel estado, sin que os quedeis admirados? Yà no percibe aquel violento instinto, que la arrastraba con alegria à los caminos de los preceptos. Ya no siente à Jesu-Christo, que habita en ella; obscurece su espiritu una tenebrosa noche: Aquellas gracias luminosas, y sensibles, que la ilustraban, no son ya mas, que unas gracias sombrías, y sin atractivo, que la dejan en el abatimiento, y en el desmayo. ¿Quiere probar à acercarse à Dios? Pues parecela, que ciertas cadenas imperceptibles la detienen. ¿Llega à percibir su Salvador? Pues quitaselo de la vista una importuna nube. ¿Repasa en su espiritu la memoria de las gracias sensibles, que ha recibido? Pues aquella triste, y confusa imagen, que traza en sí misma, la parece un sueño; y la memoria de una pasada felicidad, no hace sino aumentarla el disgusto de haverla perdido. ¿Acude à sus Confesores? Pues halla unos directores poco espirituales, y poco sabios, que la reprehenden la esterilidad de su alma.

En esta cruel incertidumbre de si Theresa agrada à Dios: *¿Os he perdido yo, Dios mio, (le dice) y no bol-*

*verè á hallaros mas? ¿Es posible, que os sentia yo en otro tiempo, y no os poseia? ¿Os poseo al presente, y no os siento? ¿De donde proviene esta suspension de socorros, y de proteccion? ¿Consiste en vos, que os retirais de mí? ¿O es culpa mia, la que me aparta de vos?* Amar à Dios, y vivir en incertidumbre de si se le agrada, (almas contemplativas, à quienes Dios conduce por los caminos del temor, y de la desconfianza de vosotras mismas, por preservaros del orgullo, y purificaros de todo amor proprio, vosotras comprehendéis lo que digo.) Contentome con decir á los que componen la mayor parte de mi auditorio, que esta es la mas aspera penitencia de los Santos.

Pero no creais tampoco, que fue menor el fervor de nuestra Santa. Aquella aprehension, que tenia de que desagradaba á Dios, la hizo aumentar el deseo, que tenia de agradarle. La gracia estaba escondida en ella; pero no por eso estaba ociosa. Veiase privada de aquella intima presencia, que Dios hace sentir al alma, quando se comunica con abundancia: Pero esta privacion producía en ella una sed ardiente, que la hacia suspirar por la presencia de este bien, cuya idea conservaba aun muy viva, para exercitar sus deseos. ¡Con qué ansia recibia ella de quando en quando algunos rayos de luz ligeros, que á manera de relampagos la hacian llegar á percibir, que Jesu-Christo no la havia abandonado! ¡Con qué reconocimiento no abria ella su corazon, para recibir aquel rocío del Cielo, que no caía mas, que gota, à gota! ¡Con qué circunspeccion se retiraba de las criaturas, y se acogia con confianza á Dios en la simplicidad de la fé, y poe yendo su alma en paz, aun en medio de las tempestades! ¡Con qué confusion suya reconocia, que ella por si misma no era mas, que tinieblas, y pura impotencia, y que estando su suerte en las manos de Dios, de él tenia, y venia todo, quanto ella podia tener, asi de justificacion, como de luces.

Este deseo de agradar á Dios, hizo nacer en ella un vivo deseo de la salvacion de las almas. Nadá demuestra tanto el amor, que se tiene à Jesu-Christo, como el zelo de atraerle los pecadores. Este zelo causa dos efectos: Interesanos por una parte en el honor, y en la gloria de el Redentor, y nos hace sentir todo lo que se opone al fruto, y à la plenitud de la Redencion; por otra, él nos inspira una generosa ternura, y compasion de los pecadores, y nos hace desear su conversion; y juntando el deseo de la gloria de Dios, y el de la salvacion de los hombres, nos hace cumplir (como observa San Agustín) los dos preceptos à un tiempo, y encierra en sí toda la perfeccion de la ley.

Dificultoso es, Señores, tener el corazon tan herido de esta santa pasion, como le tuvo Santa Theresa. De allí provenian aquellos gemidos, y aquellas lagrimas, que derramaba, à sola la simple narracion de los estragos, que causaba la recien nacida heregia en la Francia, y en la Alemania; aquellas suplicas, que hacia todos los dias á Dios, para que fortaleciese el zelo de los predicadores, y para que formase Ministros, y obreros Evangelicos; aquella tierna devocion, que tenia à todos los Santos, que han extendido el Imperio de Jesu Christo, por su doctrina, por sus trabajos, ò por sus exemplos; aquellas exortaciones eficaces, que hacia á los que en un ocioso retiro escondian los talentos, que havian recibido para sus hermanos; y aquel dolor, que sentía en verse encerrada por los respetos de su sexo, y por las reglas de su profesion, solo porque la impedia llevar por todo el Universo las verdades del Evangelio. Quantas veces, considerando los desordenes del siglo. ¡Ay Señor, exclamó diciendo; *el Mundo, y el Demonio, os roban todos los dias tantas almas, y yo no he de poder jamás ganaros una!* Quantas veces, quando se la pedia, que en sus oraciones rogase por bienes, ó prosperidades temporales, respondió con indignacion: *¿Será bueno, que quando la Iglesia se ha-*

*lla en tan urgentes necesidades, empleemos el tiempo en hacer à Dios inútiles, y bajas oraciones?*

Mas el deseo, que tenia de padecer por Dios, era como su pasión dominante. Sabía bien, que la Cruz es el sello de la alianza, que las Virgenes han hecho con Jesu-Christo: A este Señor le pertenecen sus cuerpos por la castidad, que le han ofrecido; pero toma posesion de ellos por medio de los dolores, y de los trabajos. En esto consiste la consumacion del sacrificio. Quarenta años de enfermedades tan agudas, y tan generales, que no tuvo parte de su cuerpo, que no pagase à Dios un tributo particular de paciencia; veinte y dos años de aridez, de desamparo, y de sequedad; los ayunos, las mortificaciones, tantas, y tan excesivas austeridades, apenas pudieron saciar la ambicion de este deseo en Theresa. Estudiò siempre en aplicar las penas, con que Dios la affligia, à las faltas, por las quales se creía castigada, atribuyendo sus presentes sufrimientos à su pasada vida, mirando con horror los menores defectos, que sentia mucho mas, que sus mismos males, adoró la mano de Dios, que la castigaba; como si la huviese puesto una corona. El perdon, que obtenia, era para ella como un nuevo vinculo, que la estrechaba con la Cruz. Despues de haver padecido por justicia, aun queria sufrir por reconocimiento: No se contentaba con haver aplacado la colera de Dios, queria tambien merecer su misericordia. Aun quando no huviese tenido necesidad de satisfacer à Jesu-Christo, huviera querido asemejarsele, y padecer por caridad, quando no huviera tenido que hacerlo por obligacion. Este es el motivo, por que repetía tantas veces aquellas palabras: *O padecer, ò morir*; como si dixera, que la muerte sola era capaz de interrumpir el curso de sus mortificaciones, y de sus sufrimientos. Tal fue el ardor de sus deseos. Restame haceros ver, qual fue la grandeza de sus promesas.

TER-

## TERCERA PARTE.

**A** Primera vista parece, Señores, que no es propio de la Grandeza, y Magestad de Dios hacer promesas al hombre; porque siendo infinitamente poderoso, y por consiguiente infinitamente libre, coartaria su poder, y se daria leyes à sí mismo. Tampoco parece, que es propio de la sabiduría, y prudencia del hombre, el prometer à Dios; porque debiendoselo todo à él, y no pudiendo nada sin él; es, ó inútil el obligarse à darle lo que no se le puede reusar, ó temerario el prometerle lo que no se puede executar sin su socorro. No obstante, la Santa Escritura nos enseña, que el prometer, propriamente no pertenece sino à Dios, porque à él solo le pertenece el dar, que así como nos aparta del mal por las amenazas de sus castigos, quiere tambien excitarnos al bien por la esperanza de sus promesas, y que en fin, es propio de su Grandeza, el hacer ver, que así como es justo en sus juicios, y santo en sus obras, es tambien fiel en sus promesas. La misma Escritura nos enseña, que le es bueno al hombre dedicarse, y consagrarse à Dios; que el mayor homenaje, que la criatura puede hacerle, es consagrarle su libertad, y obligarse à su servicio, imponiendose una feliz necesidad de obedecerle, y de agradarle, y que esto es tanto mas perfecto, quanto mas se ama la perfeccion, y mas se obliga el hombre à buscarla, y à seguirla.

Sobre este principio caminó Santa Theresa, para unirse estrechamente à Dios por los votos, y por las promesas, que le hizo. Jamás hubo Virgen Christiana, que con tanto empeño se diese à la piedad, ni que tan fielmente cumpliese con ella. ¿Y qué os parece? ¿Comenzaré yo por aquellos votos, que son las reglas de perfeccion, que se imponen los que quieren seguir los consejos del Evangelio? ¿Pues hubo jamás mayor desapego que el suyo à to-

T 2

do

do lo que mira à los bienes del Mundo? Parecióla, que la pobreza no era entera, y perfecta, si no era extrema. La providencia de Dios la parecía, que estaba siempre demasiado pronta para socorrerla: Hacíasele gravosa la caridad de los Fieles, y muchas veces creyò tener mucho superfluo, porque nada la faltaba de lo necesario. ¡ Con qué constancia no fundó ella una parte de sus Conventos, sobre el fondo solo de la providencia! Siempre cuidó de mantener en ellos la disciplina, sin afanarse por asegurarles renta, temiendo mucho menos à la necesidad, que à la abundancia; y elevandose sobre las inquietas previsiones de lo futuro, y las casualidades, que podian suceder, las quales hacen que se cayga en la distraccion, y en la dependiencia de el Mundo; y que muchas veces se vean los Religiosos abandonados de Dios, porque buscan con ansia los socorros, y las asistencias de los hombres. ¡ Con qué severidad no prohibió, que nada huviese en las fabricas, y edificios de su orden, que oliese à vanidad; deseando por un zelo semejante al de su Padre Elías, que el fuego del Cielo, que algun dia ha de consumir todo este vasto Universo, cayese antes sobre aquellos orgullosos edificios, para arruinarlos hasta los cimientos, y no dejase en las posesiones del Carmelo señal alguna de una grandeza, y de una magnificencia secular! ¡ Quantas veces reusó los bienes de aquellas personas vanas, é indiscretas, que empobrecen sus casas por enriquecer los Monasterios, y dando à los estraños lo que pertenece à su familia, con pretexto de caridad, invierten el orden, y todas las reglas de la justicia! ¡ Con qué confianza, y con qué alegría recibia las doncellas pobres, quando observaba en ellas un sincero deseo de servir à Dios, buscando la edificacion, no la utilidad; examinando la virtud, no los bienes, y los dotes de las que se presentaban! De este modo condenó para siempre aquellas Religiosas interesadas, que desconfiando de la bondad de Dios, hacen una especie de trafico de la Religion, reusando admitir à las Pobres, y pidiendolas muy

ricas, y acomodadas, como si fuese permitido hacer, que las unas pierdan su vocacion, y que la compren otras.

No fue menos exacta su obediencia, que su pobreza. Es defecto comun de la mayor parte de los hombres, y aun mucho mas de aquellos, que se precian de espirituales, abundar en su sentido, y atenerse demasiado à sus proprias luces. Cada uno quiere ser devoto segun su humor, y su genio; gustase de caminar por aquellos caminos, que cada uno se ha formado por sí mismo. Este, que es dado à la oracion, se contenta con levantar sus manos ociosas al cielo, y tiene por distraccion à todas aquellas obras de una caridad, que le parece tumultuosa. Aquel, que se ha dedicado à la accion, y al trabajo, mira à la oracion como una diversion, ó recreo del espiritu, y una ociosidad piadosa de aquellas gentes, que no saben ser buenas sino para sí mismas. De este modo, cada uno vive satisfecho de sí mismo; y aunque el animo, que se tiene, es de hacer bien, à lo menos se reserva la libertad de elegir el bien, que ha de executarse. Por el contrario Theresa, toda su perfeccion reduxo à solo el punto de la obediencia. Buscó en su devocion, no lo que la contentaba, sino lo que se le havia impuesto.

Guióse, no por los caminos, que mas la agradaban, sino por aquellos, que Dios la havia trazado, y que sus Superiores la havian hecho conocer. ¿Es llamada à la contemplacion? Pues toma un rápido buelo, y llega hasta perderse felizmente en el abismo de las grandezas, y de las perfecciones de Dios. ¿La buelven à llamar de aquellas elevaciones? Pues al punto descende hasta los menores oficios de una piedad comun. ¿Conviene, que aumente sus mortificaciones? Pues redobla su valor. ¿Es necesario moderarlas? Pues sacrifica su amor proprio. ¿Quieren, que obre? Pues preparase para el trabajo. ¿Gustan de que padezca, y sufra? Pues resuélvese à la paciencia. Siempre pronta à quanto se la mande; tranquila en sus ocupaciones; ocupada en su retiro; humilde en las grandes cosas; grande en las

las pequeñas; y juntando sobre todo à la pureza de sus intenciones el merito de la obediencia.

¿Y què diré yo de aquella pureza de intencion, que conservó con tanto cuidado, y tanta precaucion? Despues que se ofreció à Jesu-Christo, nada buscó mas que agradarle. Los menores apegos à las criaturas la parecieron infidelidades, dignas del mas severo castigo. Examinó hasta los mas secretos movimientos de su corazon, y ahogó en él hasta aquellos afectos, que podian parecerle mas inocentes. Tan presto declara, que no ama, ni al mundo, ni á lo que hay en él; que solo Dios es toda su felicidad, y toda su alegria; y que todo lo demás para ella es una cruz. Tan presto hace ver por las reglas de una Santa amistad, que ella misma prescribe, quan lejos està de tenerla en este mundo, sino con el fin de su salvacion, y de Dios mismo. De este modo observa las promesas, que hizo quando Jesu-Christo la eligió para sí, y quando ella eligió à Jesu-Christo para sí misma. Este es el estado de las mas santas almas. Pero esto no es bastante para Theresa; para ella no son mas, que unas obligaciones comunes; la caridad la inspira el mas heroyco, y mas noble desig- nio, que jamás se haya imaginado en la perfeccion Evan- gelica.

Obligóse, pues, por un voto, ó solemne promesa á hacer siempre lo que ella creyese ser mas perfecto, y lo mas agradable á Dios. Sabia muy bien lo que Jesu-Christo nos enseña, es à saber: Que no basta tener una justicia comun, sino que es necesario tener, una que sea abundante. Sabia tambien, que San Pablo nos exorta á disponernos, y caminar con una santa emulacion à los do- nes mas sublimes. Este fue el motivo, por que se obligó á emprender con valor, no solamente lo que la Ley manda, sino tambien todo aquello, que la caridad sugiere. Penetrada, pues, de la grandeza, y de la pureza de Dios, busca en el culto, que le da, todo lo que mas puede contribuir à su gloria. Los consejos, se los hace preceptos; aque-

aquellas practicas de Religion, que son tan superiores à nuestras fuerzas, llegan à ser sus obligaciones, y sus ordi- narios exercicios: Saca de las virtudes christianas todo lo mas noble, y mas perfecto, que ellas tienen: Hace, que llegue su caridad hasta la union intima con su esposo, la humildad hasta el anonadamiento de si misma, la po- breza hasta el entero despojo de los bienes, y del de- seo de poseerlos, la castidad hasta la continua crucifi- xion de su carne, y la obediencia hasta una perfec- ta renuncia de sus voluntades, y de su conocimiento.

¡Que no me sea posible representarosla tal qual era! Grande por sus acciones, mas grande por sus motivos; re- glando su valor, no por las fuerzas humanas, sino por la confianza en la proteccion divina; animandose con las di- ficultades; esperando aun contra toda esperanza; discer- niendo el bien del bien, y la virtud de la virtud, para atenerse siempre á lo mas perfecto; y buscando el distin- guirse en el servicio de Dios por los grandes impulsos, y movimientos de su corazon, y por los actos de una ca- ridad sin medida, y sin limites. No era bastante para ella el aspirar à la perfeccion; quiso tambien obligar á los otros à seguirla, comunicandoles su zelo; y con este de- signio se aplicó à establecer la reforma de su orden, y à reparar las brechas, que el tiempo havia hecho en ella.

Tal es la condicion deplorable de los hombres, aun los mas Santos, que pierden casi siempre de su primera pureza à medida de lo que se apartan de su principio. Ya sea la inestabilidad, ó natural inconstancia del espiritu hu- mano, que siempre está en movimiento, y que no puede softenerse largo tiempo, sin un grande trabajo, en el mis- mo estado de virtud; ya sea el peso de la naturaleza, que por imperceptibles relajaciones camina sin cesar al desor- den; ya sea un juicio visible de Dios, que castiga los descuidos, y las infidelidades de los particulares con el desfallecimiento de la disciplina comun; ó bien sea la

en-

envidia de los Demonios, que gustan de turbar el reposo de aquellas casas de retiro, y de silencio, que son como asilos publicos en donde se salvan las almas elegidas, para caminar por el camino estrecho, y para separarse del contagio, y del comercio del Mundo. Como quiera que sea, el tiempo se lleva tras de sí hasta la fuerza, y el fervor de la piedad, y llegando la caridad à resfriarse en los mas Santos Institutos, y establecimientos, se forma en ellos una mezcla del Mundo, y de la Religion; de la concupiscencia, y de la caridad; de los afectos del siglo, y de las obligaciones Christianas. Demos gracias à Jesu-Christo, porque suscita de quando en quando ciertas almas generosas, que renuevan el fervor de los antiguos Institutos, y los reducen à su primera vocacion, avivando el fuego divino, que el espiritu del siglo tenia en ellos casi enteramente apagado.

Ved aqui, lo que emprendiò Santa Theresa. Una obra llena de dificultades, que parecian insuperables. Aquellos que debian asistirla, la resisten: Unense contra ella las potestades temporales, y espirituales: Levantase toda la España: Desacreditanla por todas partes cartas sangrientas, y satyricas: Consideranla como una muger inquieta, y disimulada, que quiere grangearse nombre por una empresa temeraria, y abusar del Publico por apariencias de piedad. Los Politicos se imaginan, que encubre otros designios, cuyo curso es necesario detener, y la hacen un delito de estado de aquel proyecto de Religion. Los Sabios creen hacerla algo mas favor en juzgar, que està seducida por el espiritu del error, y que sin intencion de engañar à otros, sin duda alguna se engaña à sí misma. Los mas piadosos reclaman contra ella. Los Pulpitos, y las conversaciones estan llenos de estas murmuraciones.

Armase la piedad contra la piedad, y el zelo contra la inocencia. ¿Pues què hará esta grande alma? Nada la acobarda; sufre, espera, adora los juicios de Dios, consulta

sus

sus voluntades, y aguarda los efectos de sus promesas. ¡Feliz Muger, si por sus cuidados, por sus trabajos, y por su misma muerte, puede levantar las ruinas del Carmelo, aquella Montaña tan santa en otro tiempo! ¡Dichosa si puede llegar à ser aquella piedra fundamental, sobre la qual ha de ponerse todo el peso de este nuevo edificio! ¡Feliz, si puede formar esposas fieles para Jesu-Christo, en las quales esté el Mundo crucificado, y ellas lo esten al Mundo, que caminen à paso largo por los caminos de Dios, y teniendo en nada, quanto han andado, no piensen sino en lo que les resta, que andar; que sigan por todas partes al Cordero; ora las lleve sobre el Tabor; ora las lleve sobre el Calvario; que se dispongan à la oracion por la mortificacion; y que mantengan su mortificacion con la oracion; siempre aplicadas à perfeccionarse en su vocacion; regulares por reflexion, y no por costumbre; tan fervorosas al fin, como si no hiciesen mas, que començar; tan firmes al principio, como si ya huviesse largo tiempo, que estaban continuando; que no desprecien las cosas pequeñas, y que abracen las grandes con valor; y que haciendo todo quanto puedan, se imaginen siempre, que nada han hecho.

¡Quiera Dios, que este fervor de Theresa pase hasta su ultima posteridad! ¡Que el Carmelo, que esta Santa ha cultivado, permanezca siempre verde, y siempre florido à pesar de los Inviernos, y de los yelos de la caridad de estos ultimos siglos! ¡Que sus poderosas intercesiones, y sus exemplos todavia vivos, conserven, y mantengan lo que ha fundado por medio de sus cuidados, y de sus trabajos! Que la gloria, y las riquezas, que ha amontonado en su Casa, no salgan jamás de ella, y que su justicia permanezca hasta la consumacion de los siglos, para que Dios sea glorificado en la eternidad, adonde os conduzca el Padre, el Hijo, y el Espiritu Santo. Amen.

al v. rojess ol iz anag nozoris sup. anal ut sb molles